



**Seminario Teológico de Puerto Rico
Extensión de Alliance Theological Seminary
Programa de Maestría**

TRABAJO DEL LIBRO:
Ponga Orden en su Mundo Interior

*Requisito de SF703:
Práctica y Proyecto Final de Dirección Espiritual*

Profesor Rev. Javier Gómez Marrero, DMin

Edgar F. Vázquez Moctezuma
14 de febrero de 2022

INTRODUCCIÓN

¿En cuántas ocasiones no hemos escuchado a familiares, amigos, compañeros de trabajo, o incluso creyentes, decir expresiones como: “Mi vida es un desastre” o “Soy un fracasado/a”? Creo que todos en algún momento hemos escuchado algo así. Lo interesante es que muchas veces estas expresiones no vienen de personas que parecen tener problemas, sino de gente trabajadora y productiva. Y cuando indagamos en el asunto nos damos cuenta de que algo en su interior no anda bien, que existe algún tipo de desorganización interna que no les permite sentirse a gusto con lo que hacen y mucho menos con ellos mismos. Sin embargo, estas expresiones no sólo las escuchamos. También las hemos pensado o verbalizado en algún momento, una clara muestra de que la organización de nuestra vida forma parte de una lucha humana universal. Esta es precisamente parte de la tesis de Gordon MacDonald en su libro *Ponga orden en su mundo interior*. No es posible experimentar una vida cristiana madura sin serenidad de espíritu, con nuestro “mundo interior” en caos o estado de confusión.

MUNDO INTERIOR & REALIDAD VISIBLE

Una de las primeras cosas que impactó mi alma al comenzar a leer el libro fue lo que el autor llama el “síndrome del socavón”. Comparando el problema espiritual de muchos creyentes con la imagen de un deslizamiento de tierra, MacDonald nos confronta con la desorganización de un mundo interior que muchos ignorábamos por años. Tengo 55 años de edad, de los cuales llevo 30 años convertido. Debo aceptar que comencé a prestar atención al estado de mi alma hace solamente alrededor de unos 7 años atrás. Invertí mucho tiempo viviendo en el nivel visible de la superficie sin prestar atención a lo que sucedía dentro de mí. Sin darme cuenta mi “yo interior” estaba cediendo ante la carga de las presiones diarias de la misma manera que una superficie de terreno pierde su soporte ante la falta de humedad. Nunca estaba a la disposición de nadie,

siempre andaba apurado, ni siquiera era capaz de contemplar la creación de Dios. Presté tanta atención a mi mundo público que me olvidé del privado. Perdí muchas cosas... Hoy me doy cuenta de la importancia de cuidar de ese mundo interior. Me doy cuenta que cada pequeña acción edifica o destruye mi carácter. Me doy cuenta que no puedo dar de lo que no tengo. Me doy cuenta que las depresiones, las ansiedades y la fatiga por las que pasé fueron el resultado de un mundo privado que venía colapsando bajo el peso de tanta actividad y responsabilidad que en un momento dado no supe manejar por falta de recursos de apoyo interior. Gracias a Dios he aprendido que para reflejar a Cristo todo esto debe ser diariamente atendido.

Algo que tomo en cuenta para que mi mundo interior y mi realidad visible vayan por el mismo camino es aprender a guardar mi corazón (Pr. 4:23) — algo que toca el autor en su libro. Si guardamos nuestro corazón de fuentes externas que pudiesen poner en peligro su integridad, éste se convertirá en fuente de vida de la cual podamos beber tanto nosotros como los demás. La Biblia le da gran valor al corazón como centro de nuestro ser. Por lo tanto, si queremos ser de influencia al mundo que nos rodea, debe existir orden en ese centro interior. Si, por el contrario le descuidamos, estaremos a merced de la abrumadora presión del mundo externo sobre nosotros. Ya no estaríamos en condición de resistir la tentación ni de vencer la turbulencia. Es por eso que diariamente lo examino y trato de protegerlo de emociones dañinas que son contrarias al propósito de Dios para mi vida. Por eso lo vigilo, lo cuido y lo nutro con la Palabra de Dios, para que no se endurezca con las experiencias dolorosas del día a día.

Conocer las características de lo que MacDonald llama un “individuo impulsado” nos ayuda a no caer en la trampa en que caí. Por muchos años permití que los logros me otorgaran cierto grado de satisfacción temporal. Me dejé llevar por los símbolos del logro y terminé siendo presa de la descontrolada búsqueda de expansión: procurando más y mejores oportunidades y

prestando poco aprecio a los logros ya alcanzados. Obviamente disponía de muy poco tiempo para hacer un alto en mi vida y preguntarme si mi interior iba al ritmo de mi proceso exterior. Cuando alguien discrepaba de mí, me ofrecía alguna solución alternativa o simplemente me criticaba, podía explotar en ira descontrolada. No estaba tranquilo en ningún lugar. No era capaz de apreciar nada porque siempre estaba pensando en lo próximo que tenía en agenda. Era la imagen de un hombre que parecía exteriormente capacitado, pero con una pobre transformación interna. Demás está decir que era incapaz de establecer una relación sana con familia y amigos, y ni hablar de una relación conmigo mismo y con Dios. Me di cuenta que llevaba a un Saúl por dentro, con la capacidad de lograr el reconocimiento de los demás, pero sin ningún tipo de solidez en mi mundo interior. Descubrir esto fue para mí muy revelador ya que una vida interior cargada de impulsos sin resolver no podría reconocer la voz de Dios cuando le llamara.

En muchas ocasiones me preguntaba por qué era tan impulsado. Llegué a la conclusión de que lo hacía buscando la aprobación de mi papá. Crecí dentro del seno de una familia no cristiana. Mi padre no era un hombre amoroso, ni siquiera con mi madre. Ese “estrecho amor” de su parte provocó en mí serias inseguridades. Nunca se escuchó un “bien hecho”. Nunca sentí una palmadita de aprobación en mi hombro. Ante esa grave privación no fue extraño llegar a la conclusión de que una agenda repleta de trabajo, unido a los símbolos de éxito y reconocimiento de los demás, terminara por convencer a mi padre de “lo valioso” que era. La aprobación nunca llegó. Ya mi padre está muerto, pero el perdonarlo me dio libertad. Decidí no repetir la historia con mis hijos.

Nunca es tarde para comenzar y enmendar errores. El mundo está lleno de gente desorganizada que ha perdido el control de su tiempo y la solución que nos da el autor con este libro es que “debemos presupuestarlo”. De acuerdo con MacDonald, la persona desorganizada

debe adquirir una perspectiva presupuestaria distinguiendo entre lo que se tiene que hacer (“lo fijo”) y lo que a uno le gustaría hacer (“lo discrecional”). Es necesario organizarnos con el tiempo, algo que he incorporado a mi vida desde hace un par de años. Es necesario tener clara mi misión y aceptar mis limitaciones para no caer en la trampa de que sean los demás quienes administren mi tiempo. Soy yo quien debo conocer a perfección mis periodos de máxima eficiencia. Soy yo quien debo aprender a decir “no” a oportunidades que puedan ser buenas, pero no las mejores. Soy yo quien debo decidir lo que hago y lo que no hago bajo la luz reveladora de nuestro Señor Jesucristo.

Por último, no puedo dejar de mencionar lo importante que ha sido para mí el entendimiento del reposo bíblico. La Biblia dice que Dios descansó (Gn. 2:2). Sin embargo, no lo hizo porque lo necesitara sino más bien para sujetar a Su creación a un ritmo de descanso y trabajo, mostrándonos así una clave para el orden en nuestro mundo interior. Por lo tanto, este reposo no pretende ser un lujo, sino más bien una necesidad para aquellos que deseamos crecer y madurar. Es interesante el enfoque que MacDonald nos presenta con su término “sabadear” porque establece la diferencia entre el ocio y el verdadero reposo. Si bien es cierto que el ocio puede ser agradable, sólo nos proporciona un estímulo momentáneo que no dura. Sólo el reposo bíblico restaura el alma de la forma en que lo anhelamos. Entonces, no se trata de tomar unas vacaciones de aquello que hacemos (aunque son importantes), sino de pequeñas pausas de nuestras tareas cotidianas para simplemente pensar en Dios, meditar en Su Palabra, admirar Su creación, tomar un respiro, preguntarnos cómo está nuestra alma, o simplemente permanecer en silencio. Sólo una adecuada observancia del reposo sabático producirá la generación de creyentes descansados que necesitamos para impactar al mundo con el mensaje del Evangelio. Debe ser una partida fija en nuestro presupuesto diario del tiempo.